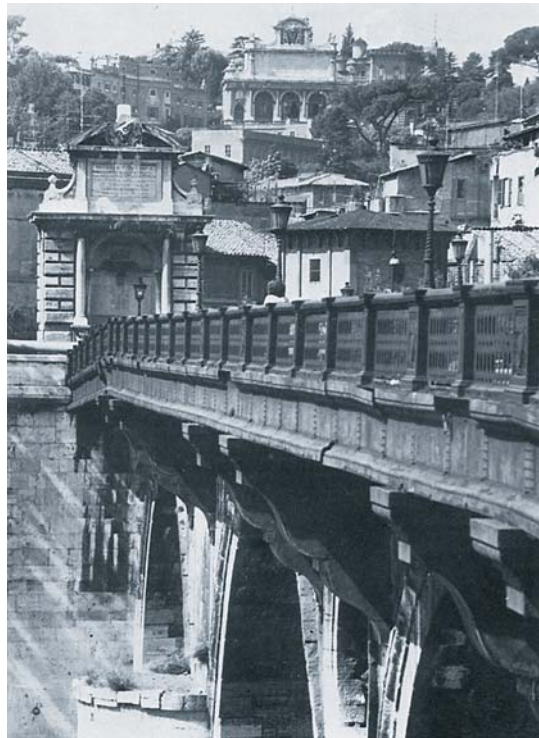


La restauración como recuperación del sentido¹

por Mario Manieri Elia*



Ponte Sisto en Roma, en su contexto urbano del siglo pasado, antes de los inoportunos trabajos de liberación. Como escenario de fondo, el Gianicolo

El afamado Profesor Manieri Elia elabora una reflexión sobre el carácter ambivalente de la restauración en su condición de necesaria adaptación a la actualidad y en su voluntad conservadora. Rechaza la restauración crítica que legitima un análisis selectivo de las fases constructivas del monumento a mantener y apuesta por una intervención conservadora que transforme con moderación sin eliminar los vestigios de la evolución.

Restoration As A Recuperation Of "Common Sense". The well-known Professor Manieri Elia makes a reflection about the ambivalent nature of restoration as a necessary adaptation to the present time and as an act of conservation. He rejects critical restoration methods that support a selective analysis of the building stages of the monument to be restored and endorses a conservationist intervention that moderately transforms it without eliminating the signs of its evolution.

*Mario Manieri Elia, arquitecto, crítico y profesor de la Facoltà di Architettura, Università degli Studi di Roma Tre

¹ Para este texto me he servido de la traducción de la arquitecta Maya Segarra Lagunes, que en este sentido considero coautora de mi intervención y a la cual agradezco su colaboración.

Para habitar el mundo -entendiendo la palabra habitar en el amplio sentido que Heidegger le otorga de ser ahí en el propio ambiente -, y para asumir en el mundo el papel que les corresponde en la evolución, los hombres cuentan, como es sabido, con un trámite semántico que es el lenguaje: lenguajes verbales, poéticos, musicales, figurativos, etc. que expresan energías vitales y exigencias fundamentales como el espíritu de supervivencia, la esperanza, la fe, el miedo o, también, las necesidades de la cotidianidad. Entre los diferentes lenguajes, el constructivo-arquitectónico se caracteriza por la intensidad con que manifiesta el valor de una estabilidad afirmativa, presente en toda forma construida y que expresa la fuerza de una investidura simbólica proporcionada a la naturaleza fundamental de las necesidades y de las intencionalidades confiadas a la arquitectura. Pero estas expresiones de las sociedades humanas se desarrollan de manera diferente en el tiempo, en relación con la evolución de los procesos reales y de las situaciones contextuales.

La restauración -cualquiera que sea el sentido no solamente unívoco de esta actividad humana que nos interesa y nos reúne para discutir sobre ella -parece ocupar, en este cuadro claramente evolutivo, un sitio controvertido o, por lo menos, ambivalente. Por un lado, de hecho, puede ser vista como una de las actividades sociales más antiguas y difusas, a través de la cual los hombres entran en relación con su ambiente físico, para 'habitarlo', adaptándolo, gradualmente, a sus propias necesidades; es decir, puede ser visto como vehículo de la evolución del ambiente. Del otro lado, sin embargo, en una acepción más cercana a nuestros inte-

reses, en la tutela de los contextos históricos, la restauración puede ser considerada como la principal actividad de defensa conservativa y, por ello, puede entenderse como baluarte contra la evolución.

En razón de esta paradójica duplicidad, que existe en cierta medida, el restaurador debe proveerse de una herramienta teórica y operativa igualmente doble: es decir que sea apta tanto para asegurar la conservación como la transformación. Lo cual es, por otra parte, perfectamente normal en la actividad de intervención sobre lo construido, aunque no siempre el restaurador sea consciente de la ambivalencia y aunque le sea difícil no poder contar con una variedad de reglas y de principios metodológicos como los que, desde hace casi dos siglos, se intentan formular con el fin de proporcionar preceptos que den la garantía de una restauración acertada.

Con mayor razón, si, en el ámbito de la restauración arquitectónica, nuestra acción debe hacer cuentas con un contexto real que es, en general, un sistema complejo cuyo valor no se encuentra solamente depositado en limitados elementos materiales. Más bien, este valor reside en complejos sistemas de significados que requieren la misma cantidad de procedimientos conceptuales, que una intervención discrecional, selectiva y no suficientemente cauta, podría empañar o interrumpir. De hecho, el contexto en el que se opera es, casi siempre, un contexto en el que los flujos de mudamiento, sean éstos continuos o discontinuos, además de actuar en los objetos sobre los que se desarrolla nuestra acción, nos condicionan del

igual forma, aunque nosotros estemos convencidos de ser los sujetos -y no los objetos -de los fenómenos transformativos. Es decir, condicionan tanto las cosas como los hombres. Es, entonces, en este cuadro fenoménico fundamentalmente evolutivo, que deben medirse las teorías y las metodologías que intentan sistematizar científicamente la relación entre lo que existe, que es el éxito concreto de la historia del pasado, y la incansable operatividad humana, intencionalmente ocupada en ‘habitar’ el mundo, entrando a formar parte activa en la evolución.

Sin embargo, descendemos de una tradición de intervención sobre el patrimonio monumental antiguo que, a diferencia de las complejas operaciones de re-simbolización medievales que expresaban la ‘naturalidad’ del proceso evolutivo, a partir del Renacimiento del estilo clásico ha recorrido el camino de una continua re-proposición de los modelos del pasado, asumidos como valor predominante cuando no absoluto. Ello a través de una doble vía: por un lado, con decisiones fundadas sobre un criterio de conservación selectiva; y, por el otro, con decisiones de proyecto, deliberadamente orientadas a resucitar la obra en su condición considerada ‘ideal’.

Se trataba, con toda evidencia, de un prejuicio cultural, responsable de una distancia intelectual exagerada ideológicamente, en el sentido de establecer, en la historia, escalas rígidas de valores. Una actitud que se remonta, acaso, en Italia, a la *renovatio* humanística y a sus consecuencias culturales que, puede decirse, el desarrollo decimonónico del pensamiento sobre la restauración no ha superado del todo y que tiende a sobrevivir. Hasta el punto en que parece que todavía existe quien cree en las restauraciones ‘de libera-

ción’ o, por lo menos, en la así llamada ‘restauración crítica’ que otorga legitimidad a un análisis selectivo de las estratificaciones históricas, con el objetivo declarado de recoger en ellas el momento mágico del determinarse de una condición de la obra destinada a ser conservada, en detrimento de cualquier integración o transformación de épocas sucesivas, para que la obra pueda definirse ‘original’. Una condición con respecto a la cual todas las fases posteriores de un edificio están ya marcadas por una implícita, potencial condena. Una condena que ha tenido recientemente efectos muy negativos en monumentos romanos, de gran importancia, que no sería difícil recordar.

A la permanencia de una cierta confusión en las actitudes críticas se ha reaccionado, en la generalidad de los casos, y salvo situaciones tanto raras cuanto ilustres, en dos formas: ya sea adaptándose a una aproximación metodológica (que algunas veces se hace entrar en los límites indefinidos de la ‘libertad del proyecto’); o bien defendiéndose en una balsa de rigor de especialista, válido en sí mismo pero incapaz de extender sus propios efectos al contexto plural en el que el objeto se coloca. Sin embargo, la vía correcta, necesaria para superar la confusión cultural y la parcelación del especialista, es evidentemente otra; y es, diciéndolo con una fórmula que anticipa la conclusión de esta intervención, la vía de la recuperación-reconquista de la contextualidad espacial y temporal; es decir, del sentido histórico y actual del objeto, referido a su ambiente físico y cultural.

La restauración contemporánea, en efecto, coherentemente con el desarrollo más avanzado de las ciencias cognoscitivas, no puede no posicionarse frente al contexto histórico,

con una actitud decididamente contraria a toda línea metodológica preconcebida, discriminante y selectiva, como las que se ha hablado. Lo cual implica un gran sentido de la medida y una tensión constante, que puede volverse ansiosa, al evitar por un lado, la subestimación de los elementos marginales (pero significativos en la evolución histórica) y, por el otro, la sobreestimación de mensajes destinados, al contrario, a permanecer en penumbra.

Para partir con el pie derecho, es necesario, antes de abordar el nivel técnico que concierne los aspectos materiales de la restauración, moverse sobre dos grados que pueden considerarse consecutivos en el proceso: el del lenguaje y el del sentido.

Si es verdad que el lenguaje debe entenderse como el trámite de comunicación entre el hombre y su ambiente, ése se establece como relación entre dos diferentes sistemas (el de las actividades humanas y el 'natural' de organización de las cosas). Dos sistemas que cambian, relacionándose entre sí en modos diferentes, entre los cuales la capacidad de 'simbolización' de los hombres se pone como eje a nivel interpretativo y de proyecto. A nivel cognoscitivo, todo ello se indica con el término y el concepto de co-evolución, como pasaje obligado de la adaptación al medio ambiente y, en definitiva, como re-definición de la relación fundamental - y de proyecto- entre conocimiento y realidad.

Si trasladamos el eje del discurso del medio ambiente al ambiente histórico-cultural, es al lenguaje artístico al que corresponde la función mediadora en la relación cognoscitiva, otorgando aspecto físico a las modificaciones inmateriales que conciernen el sentido; y ello en términos de simbolización y, por tanto, de significado; aunque entre los

lenguajes artísticos sea propiamente el arquitectónico el que presenta tendencialmente, como se decía antes, mayor rigidez. Esta rigidez, la dureza de la construcción arquitectónica -que está concebida para durar en el tiempo-, se propone en su máximo grado en el clásico monumental y en sus derivados, que han producido en efecto modelos privilegiados utilizados por la actitud selectiva; mientras que se encuentra una mayor plasticidad en los léxicos edificios menos canónicos y mayormente 'naturalistas', como los conjuntos medievales.

De todas formas, la arquitectura -sobre todo en sus expresiones más afirmativas -ha con el objetivo de optimizar su papel adoptado siempre forma de definición y de estabilización del significado. Esta actitud se ha debido a su objetivo ritual 'clásico' de perseguir la afirmación del valor sagrado más alto y absoluto -la continuidad de la vida-, depurado de toda contaminación en el tiempo y en el espacio, de todas las imperfecciones de las técnicas y las originadas por el deterioro y, finalmente, de la confusión que deriva de la complejidad.

Las 'viejas' ciencias de la separación y de la selectividad, en efecto, poniendo en penumbra el dato evolutivo de la realidad, han siempre intentado referirse a un 'bello', definido y definitivo, entendido como canon y como precepto. De hecho, la acción tradicional de protección de los valores -que ejercen las instituciones de tutela -ha hecho uso de un poder discrecional apto a captar, y a defender en su estabilidad programada, el significado arquitectónico de las producciones lingüísticamente aseverativas; mostrándose poco disponible, cuando no rigidizándose en el automatismo de la pura conservación material, a ponerse frente al objeto que se somete a tutela y a considerarlo en su natu-

raleza plural y evolutiva en el espacio y en el tiempo. La acción de tutela ha hecho referencia preferiblemente a un seco poder de prohibición con carácter de precepto, además de pasivo e incapaz de plantearse como poder de proyecto, concentrado en captar las dinámicas de transformación de la forma y del sentido de los objetos para desarrollar de ellos la autenticidad.

Hoy, al darnos cuenta que semejante condición dinámica representa el caso conceptualmente más general y cuantitativamente más difuso, no nos es posible sustraernos a la necesidad de apartar los viejos métodos selectivos y de efectuar ese arriesgado salto epistemológico que permita volver a partir científicamente del concepto, acaso más aventurado pero más eficaz y más adecuado a nuestro tiempo, de la 'recuperación-reconquista del sentido' entendida como recuperación de significados históricos. Ello para enfrentarse al tema más general de la restauración del valor en presencia de una multiplicidad de valencias lingüísticas calificadoras y discriminantes.

Se puede, entonces, partir de un ejemplo que vale como caso límite, y nos habla con un lenguaje de-contextualizado y de-vitalizado pero esencial: la ruina. El contexto en ruinas, de hecho, si no se encuentra circunscrito en el papel descontextualizado de 'escenario' (según una praxis que ha tenido gran éxito, por lo menos a partir del desfile de Carlos V, organizado por el papa Paolo III a través del Foro Romano, para llegar a las paradas de Mussolini), puede poner en situación paradójica la cientificidad de la conservación, ya que su sentido, más allá del valor histórico de documento material (que nos remite a la instancia de Cesare Brandi y al dogma según

el cual "se restaura la materia y no la forma"), consiste precisamente en su encanto como ruina. Lo que nos lleva a pensar que el sentido de una ruina, o de un conjunto arqueológico, se encuentra exactamente en la evidencia de su decadencia, acelerada e interminable, en el estado mutilado e incompleto de su consistencia material, cuyo degrado estructural y superficial ya no garantiza la conservación de la forma y la supervivencia misma de la imagen.

La ruina, en resumen, expresa esencialmente la inminencia de la propia muerte 'natural' a la cual, no casualmente, John Ruskin pide que no se oponga defensa: como un implícito *cupio dissolvi* ('quiero desaparecer') cuyos efectos positivos pueden ser confiados a la reacción vital que, espontáneamente, tiende a producirse; una vitalidad reactiva, evidente en la apariencia exuberante del asalto vegetal que reviste las ruinas en las representaciones del siglo XVIII y que remiten a la vitalidad del paisaje puesto como fondo de una arquitectura ya serenamente re-naturalizada (vuelta a naturalizar). Por otro lado, la reintegración de la componente física de la ruina se plantea abiertamente como paradoja en una presencia monumental cuyo sentido consiste en la ya progresiva desintegración física.

Pero el caso más general de una intervención conservativa y moderadamente transformativa, en un contexto existente, nos abre la cuestión de la pluralidad, casi siempre amplia, de los lenguajes presentes en los contextos examinados. Aun en el caso de productos arquitectónicos caracterizados por lenguajes especialmente aseverativos, como por ejemplo en los de derivación clásica, la más o menos larga vici-

situd transcurrida entre los agentes de modificación naturales y sociales, ha incidido inevitablemente activando procesos de mutación que han dejado su huella. Podemos asumir entonces que la construcción arquitectónica, más que como objeto dado, constituye un proceso de transformación en acto. Este proceso no puede desarrollarse más que a través de los lenguajes recorriendo momentos de mayor o menor densidad expresiva y coherencia semántica. Es decir de mayor o menor calidad artística.

En estos casos, que representan la generalidad de las situaciones que se encuentran en el patrimonio histórico, en el contexto se origina algo que se parece a un coro de voces que se ofrecen para ser escuchadas sólo por el oyente atento, en sus acordes y en sus disonancias. Emerge con frecuencia del 'sitio' una contextualidad semántica superabundante y discontinua, en el ámbito de la cual, si se renuncia deliberadamente a los tradicionales atajos, selectivos y discriminantes que tanto daño han causado a las edificaciones históricas, se descubre que los flujos de significado más afirmativos y compactos se encuentran implicados entre sí; mientras que la sonoridad del conjunto deja entrever cadenas de nexos comunicativos, los cuales nos hablan de transcurros históricos que han dejado huellas significativas, también, y precisamente, en su modo de entretenerse, de contrarrestarse, de entrar en relaciones inesperadas y complejas. En definitiva, emerge finalmente el sentido, como valor. Como valor de conjunto, que se identifica precisamente en su ser controvertido e inestable.

La capacidad de escuchar, aun cuando el oído es fino, no determinará una decisión de intervención, sino que es la

condición necesaria para permitirla. La decisión puede ser también la de no elegir, prolongando, como se ha dicho en el caso de la ruina, la tensión cognoscitiva, mientras se multiplican las opciones que el contexto evoca o propone. Por otro lado, el proyecto mismo, no necesariamente termina concibiéndose como interrupción del proceso hermenéutico y de proyecto: puede también plantearse, y, es más, esta es la condición más auténtica, como momento de calificación gradual y dialéctica en el flujo del devenir.

Si la restauración se asume, en resumen, como proceso de conocimiento y de proyecto y si nuestra capacidad de escuchar es ya de por sí proyecto que inicia una transformación, la relación con el contexto histórico se vuelve verdadera en la tensión cognoscitiva que pone en marcha el proceso de 'donación de sentido', o de recuperación-reconquista del sentido, frente a una realidad que nos llega fragmentaria o interrumpida y cuya recomposición podemos decidir de posponer para no detener el flujo comunicacional que ella emana.

Puede orientarnos, a nivel metodológico, el término italiano *recupero* el cual, sustituido al de restauración y asumido en el sentido etimológico de re-tomar (*ri-prendere*) y de volver a comprender (*ri-comprendere*), nos propone una acción en proceso, producida por la necesidad humana de convivir en el patrimonio histórico y por el papel que éste asume en la calidad de la vida.

Recuperación-reconquista entonces como proceso interrogativo y como respuesta a una demanda de conocimiento real y profunda, y como asunción de responsabilidad.

Recuperación del sentido, por lo tanto, como rescate de la atención pero también como reconquista del proyecto. 